

Alberto Salamanca Ballesteros. Monstruos, ostentos y hermafroditas. Granada: Universidad de Granada; 2007. ISBN 978-84-338-4529-0.

Después de los estudios sobre los monstruos por autores como Claude Kappler, Lorraine Daston y Katherine Park ¹, debidamente citados en este libro, es difícil imaginarse qué aportación novedosa se puede hacer a este campo de estudios conocido a partir del siglo XVIII como la teratología. El principal mérito de este libro del profesor de obstetricia y ginecología de la Universidad de Granada, Alberto Salamanca Ballesteros, es el hecho de constituir uno de los pocos análisis extensos de este tema en lengua castellana, que utiliza a fondo una gran gama de fuentes ibéricas —entre muchas otras principalmente oriundas de tierras europeas—, sobre la generación de los «monstruos». En una hermosa edición, de más de quinientas páginas con abundantes ilustraciones, el autor combina visiones desde la paleografía, la filosofía, la mitología, la anatomía patológica, las ciencias médicas y su propia visión como científico del presente para construir un estudio de la génesis biológica y la significación cultural de los monstruos. El autor se extiende desde varios siglos antes de la época cristiana hasta la «normalización» o «naturalización» de la figura monstruosa como variación biológica, paso que causó su desaparición como ente maravilloso a partir del siglo XIX.

Mediante una lectura minuciosa de una extensa variedad de fuentes, el autor analiza el origen o etiología de los monstruos —del latín, *monestrum*, que significa «advertencia», y se confunde con la voz latina *monstrare*, «mostrar», según Marina Warner ², —y su significación cultural como portentos, signos de castigo o venganzas celestiales, augurios, o como el resultado de prácticas pecaminosas o de procreación contrarias a los buenos consejos de los médicos. Las fuentes utilizadas para emprender tal proyecto se extraen de la filosofía, la teología, la demonología y, ya hacia el siglo XVIII, de los varios campos de las ciencias médicas. El autor muestra que el monstruo puede derivar, de acuerdo con estas fuentes, de una mezcla incorrecta de los sémenes masculinos y femeninos —de acuerdo con el pensamiento de Galeno e Hipócrates—, de la falta de equilibrio entre calor y humedad —según Aristóteles—, de la influencia del demonio en la concepción del feto, de la imaginación de la madre, por imaginar un animal salvaje durante la preñez o desear que nazca un niño cuando el feto es femenino, de la cópula con bestias, o de una alineación poco prodigiosa de los entes celestiales. Así, por ejemplo, las sirenas resultarán de la «mala vida» de las «meretrices que llevaban a la ruina a quienes pasaban... [y] [s]e dice que tenían alas y uñas, porque el amor vuela y causa

1. Ver Kappler, Claude. *Monstruos, Demonios y Maravillas a fines de la Edad Media*. Madrid: Akal; 1986 y Daston, Lorraine; Park, Katherine. *Wonders and the Order of Nature, 1150-1750*. Nueva York: Zone Books; 1998.
2. *Managing Monsters: Six Myths of Our Time. The 1994 Reith Lectures*. Londres: Vintage; 1994, p. 19.

heridas», en las palabras de Isidoro de Sevilla. Una causa de la monstruosidad, según Fray Antonio de Fuentelapeña, sería el «concupito de las mugeres con el demonio»; o bien entregarse, hombres y mujeres, a los placeres sexuales «excitando su naturaleza y abusando de sus fuerzas; piensan con más frecuencia en satisfacer sus deseos, que en producir hijos sanos y robustos» (Hurtado de Mendoza).

Kappler, Daston y Park, entre otros, han argumentado que la presencia de los monstruos de varios tipos —sátiros, niños hirsutos, hombres menstruantes o bicéfalos— no se puede racionalizar fácilmente como una emanación de un pensamiento «primitivo» o supersticioso sino que hay que entenderlos dentro de las lógicas de los conocimientos que existían en torno a la generación de los animales y humanos y, sobre todo, de acuerdo con las cosmogonías históricas de cada época y lugar. Es en este aspecto, como apuntaremos a continuación, donde este libro necesitaría un tratamiento mucho más contextualizado y completo.

Salamanca ilustra cómo, durante la época pre-cristiana, el monstruo se entendía fuera de lo normal aunque tenía una función relacionada con el mundo natural, como un presagio de un desastre por venir, como un terremoto o la muerte del rey, rompiendo con la paz de los dioses, *pax deorum*, exigiendo un ritual de reparación para corregir un curso desviado (p. 171). Más tarde, ya en la época cristiana, los monstruos, bajo la influencia de San Agustín y San Isidro, en especial, serían encuadrados como parte del mundo natural. Constituirían así perturbaciones del orden natural decretado por dios pero no serían anti-naturales en sí; serían signos difíciles de entender pero interpretables por los seres humanos como manifestaciones de la grandiosidad y lo maravilloso de la naturaleza bajo la tutela de dios. En los tiempos medievales, sin embargo, con los cambios en el pensamiento de la Iglesia, se empezó a aceptar como posible la actuación del diablo de una manera más material en los asuntos humanos. Se aceptó, entre ciertos teólogos, que las brujas pudieran volar y que los demonios fueran capaces de habitar los cuerpos humanos como íncubos o súcubos para engañarles y engendrar monstruos. Lo que no nos queda claro, en la lectura de este texto, es por qué y cómo se realizaron estos cambios en el pensamiento de teólogos y filósofos, pues el hilo histórico se ve engarzado con una cronología inconsistente y con una mezcla de apreciaciones de antaño con otras oriundas de la embriología actual.

Esta falta de marco explicativo hace que el lector se enfrente con un fascinante surtido de significados diversos, no hegemónicos, sobre la generación del monstruo pero cuyos orígenes y peso relativo como explicación son opacos en el texto. Autores como Feijoo en 1765, por ejemplo, preguntaban si el comercio entre demonio y humano era posible; otros dudaban de la posibilidad de engendros de este tipo de comercio y de relaciones entre animales de diferente especie y humanos. Incluso durante el periodo en que demonólogos como el francés Jean Riolan o el español Martín del Río concedían extensos poderes a los demonios, otros, en otros países, seguían con explicaciones de partos monstruosos de acuerdo con otros modelos. Por ejemplo, el

autor cita el testimonio de un pastor de una iglesia en Plymouth, en 1635, a propósito del entierro de unos varones fusionados, entendía la etiología de semejantes criaturas como «impedimentos y alteraciones debidos a causas secundarias (...) como el defecto o exceso de material seminal (...) la torpeza de la facultad formativa (...) el poder de la imaginación [o] las constelaciones de los planetas» (p. 348). El demonio, en esta explicación, no tenía presencia.

De esta manera, el concepto de monstruos que sostiene el autor se ve inmerso en un lento proceso de racionalización o, diríamos, «desencantamiento», que «tiende a imponer su ley» (p. 139). Para los historiadores de la ciencia y de la medicina, esta lógica progresista es evidentemente problemática. A pesar de que la monstruosidad se ha secularizado y se ha desprendido (en occidente) de su áurea maravillosa, este proceso no ha sido uniforme ni tan completo como el autor parece sugerir. Tampoco lo contrario, es decir la aceptación de la operatividad del diablo, en la procreación humana era hegemónica en determinada época, como el ejemplo del pastor de Plymouth muestra. Por otro lado, en el capítulo sobre las «razas monstruosas» descritas en la literatura de viajes se representan esas monstruosidades (hombre sin cabeza con el rostro en el pecho, mujeres con cola, etc.) como eliminadas paulatinamente durante los siglos XVIII y XIX. ¿Cómo explicamos, entonces, el auge de teorías racistas en el mismo período que suponían la superioridad de una raza sobre otra, esta última definida a menudo como «atávica», casi monstruosa?

Una crítica semejante se podría hacer al uso de términos empleados actualmente para identificar y describir malformaciones aludidas o ilustradas en el pasado (a menudo aparecen, al lado de ilustraciones del XVI, fotografías del siglo XX en un afán explicativo). Es tentador racionalizar el pasado de esta manera pero nos impide entender las lógicas imperantes en ese mismo pasado. En su discusión sobre los hermafroditas, por ejemplo, Salamanca afirma que aunque los conceptos de sexo, género y sexualidad son adquisiciones recientes, «el sexo está caracterizado a distintos niveles por los cromosomas, las gónadas, los genitales internos, los externos, el hábito corporal, los caracteres sexuales secundarios y la orientación sexual» (p. 284, n. 3). Se podría argumentar, de acuerdo con este esquema con todas estas variabilidades, que las personas tendrían, como lo ha apuntado Anne Fausto-Sterling, varios sexos en un mismo cuerpo o, por lo menos, en la especie humana habría por lo menos cinco sexos. Aquí, un análisis crítico, no sólo de los conceptos anteriores acerca del sexo, sería útil. Ésta es una posibilidad que el propio autor parece defender al abogar por cierta cautela al señalar que en figurillas y muestras de arte antiguo la representación de «monstruos» puede no tener correlato con los eventos biológicos sino que pueden tener una función artística o de ilustración científica: «sólo cuando surge una estructura social más compleja, comienzan a identificarse como indeseables» (p. 49).

Finalmente, algunas secciones del libro, como la explicación del significado del milagro en la cosmogonía cristiana (cfr. el análisis de Le Goff de la *mirabilis, magicus* y

miraculosus)³ o la excelente exposición del pensamiento demonológico en el capítulo 7, habrían sido, en mi opinión, mejor reunidas y tratadas como capítulo monográfico al principio del libro. Tal y como está construido este libro, el lector no familiarizado se enfrenta con una desconcertante yuxtaposición de debates de muy diversa cronología (se pasa, por ejemplo, del pensamiento del teólogo Alonso de Villegas del siglo XVI/XVII al pensamiento de San Isidoro en menos de una página, pp. 59-60) inmersos en una elaboración que desemboca demasiado «lógicamente» en la naturalización de los entes monstruosos. ■

Richard Cleminson, University of Leeds

Georges Vigarello. Lo sano y lo malsano. Historia de las prácticas de la salud desde la Edad Media hasta nuestros días. Madrid: Abada Editores [Lecturas de Historia]; 2006. ISBN 84-96258-70-X.

Se trata de la traducción de la segunda edición (1999) francesa del original, que se nos presenta en un muy agradable formato, de impresión clara y correcta encuadernación que permite el manejo con soltura de sus casi 450 páginas. Vigarello es un autor conocido, pero quizá no todo lo que debiera en el mundo de habla hispánica. De sus ocho libros personales, aparecidos en Francia entre 1978 y 2004, cuatro están traducidos, dos en Argentina (*Corregir el cuerpo e Historia de la belleza*, ambos en Buenos Aires: Nueva Visión, 2005) y dos en España (*Lo limpio y lo sucio: la higiene del cuerpo desde la Edad Media*. Madrid: Alianza Editorial, 1991 y Barcelona: Altaya, 1997; *Historia de la violación: siglos XVI-XX*. Valencia: Ediciones Cátedra, 1999), a los que se suma el que aquí reseñamos. También Taurus ha editado (2005-2006) casi a la par que Éditions du Seuil la obra colectiva *Historia del cuerpo*, en tres volúmenes, codirigida por Alain Corbin, Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello. Están ausentes de nuestro panorama editorial las traducciones de sus textos sobre el deporte que han sido determinantes para convertirlo en un autor popular en Francia. Como puede verse por la relación de títulos, la tarea central que ocupa a Vigarello, profesor en Paris-V y en la EHESS, es el estudio del cuerpo y de sus representaciones a través de la historia. Un cuerpo singularizado por su doble condición de soporte de individualidad y portador de experiencias sociales, en el que influyen y se hacen visibles las normas culturales y que, consiguientemente, cambia con ellas. El proceso de enunciado y aplicación de normas informa las prácticas

3. Lo maravilloso en el Occidente Medieval. In: Lo Maravilloso y lo Cotidiano en el Occidente Medieval. Barcelona: Gedisa; 1985, p. 9-17.